

guida siempre en su puesto, esperaba impávida el paso del tren que a poco asomó en la curva como un negro reptil, y silbando estrepitoso en el silencio de la tarde moribunda.

Los ojos del vigilante maquinista vieron algo extraño por que hizo disminuir la marcha y un minuto después paró en seco bajo el potente chirriar de los frenos. Saltó rápido al suelo y acercose a la guardabarrena que estrechaba en sus brazos convulsos al pequeño Diego, en cuyas manitas ondeaba al viento la roja señal que demandaba alto a los trenes en peligro.

Diego Román—pues este era el maquinista—preguntó, sin comprender, la causa de aquel contratiempo. La hermosa joven con la mirada fija en él, que la recordó estremecido, contestó dulcemente:

¡Diego! Los labios de un ángel buscan los tuyos. ¿Recuerdas?...

Detuviste el tren entonces para hacerme desgraciada. Detenlo hoy para besar a tu hijo que te llama. Olvida a la madre pero ámalo a él, es tu hijo.

Diego Román cayó de rodillas ante los dos seres que le miraban enternecidos estrechándolos en apretado abrazo de resurgimiento.

Sintióse empequeñecido mirando con ternura al niño que detuvo con sus bracitos de rosa, el monstruo de acero, para besar la frente arrepenida del padre.

El pequeño Diego agitaba aún el sangriento banderín que simbolizaba el amor y el deber.

¡Bendito mil veces el deber que se cumple aunque tardío!

VICTORIANO E. AYLLÓN

Por los campos y ciudades de la vieja Castilla.

I

Princesita de ojos negros de sultana,
princesita del tesoro de ternura,
condenada de un amor que no halla hartura,
rimadora de un poema sin mañana:...
en el lóbrego recodo de una plaza provinciana
he contemplado un momento tu poética figura,
marchitando en ilusiones tu hermosura

tras los hierros hechos cruces de tu mística ven
| tana.
Milagrosa princesita de los sueños espectrales
que has llorado muchas veces en las noches in
| vernales
por el frío que acongoja tu desierto corazón;
¿de qué idea torturante eres víctima inocente,
cuando apoyas en tu mano la magnolia de tu
| frente,
acodada sobre el hierro retorcido del balcón?

II

En el espacio inerte se levanta la gloria
de las edades viejas que están petrificadas
en esas catedrales de viejo patinadas,
archivo de grandezas, desvanes de la historia.
Las piedras del pasado se yerguen triunfado
| ras
venciendo de la muerte, venciendo del olvido;
las caladas agujas resirtir han sabido
los martillazos lentos, constantes de las horas.
¡Edad media!... Amalgama de santidad y vicio;
una empresa romántica, un trágico cilicio.
¡Epoca de barbarie, de paz conventual!...
Solo quedó con vida de tu pasado austero,
un vagido de gesta llamado Romancero
y un poema de piedra llamado Catedral.

FRANCISCO COLAS

El fuego de San Lorenzo CUENTO

En un pueblo de la provincia de X, existió en tiempos un párroco muy bonachón y buen padre de almas, y a la vez muy amante de sus feligreses.

De inteligencia algo ruda y un poco obtuso en Literatura, carecía el buen sacerdote del don de palabra, y por casualidad solamente alguna vez dijo algún sermón tal cual, y este fué algún trozo de la santa biblia traducida a su capricho.

Ocurrió en un año; en que estaba próxima la fiesta del patrón del pueblo, que él representaba como párroco; y que era San Lorenzo; que como sabemos; fué, el mártir asado vivo en unas parrillas.

Recibió una circular del cabildo de su diócesis anunciándole una visita pastoral, y por lo